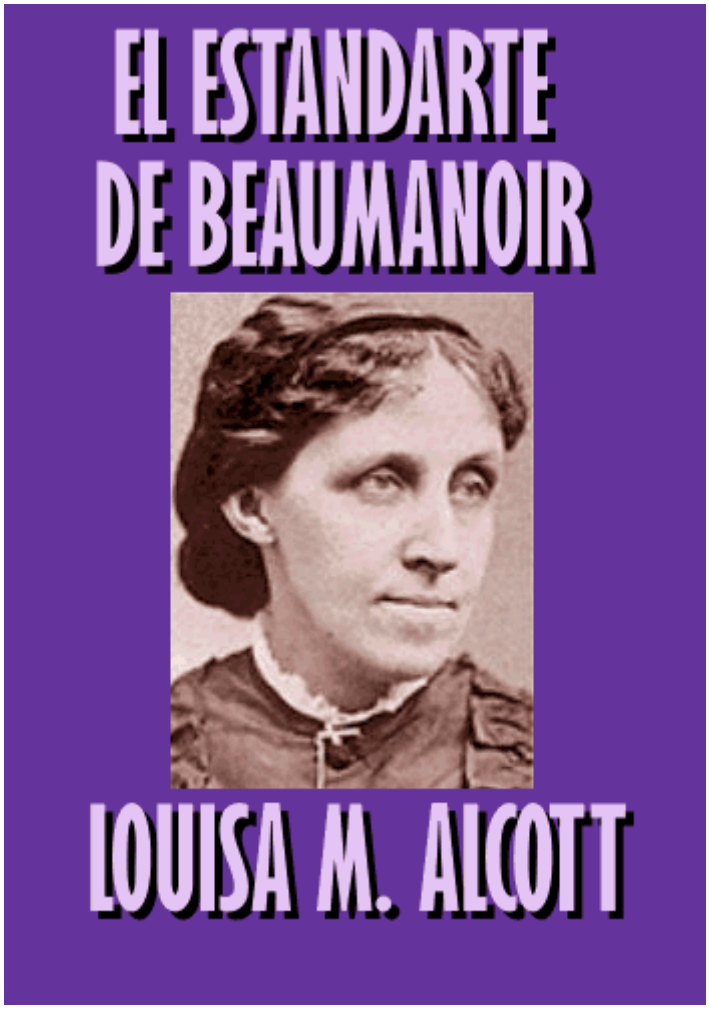
LIBRO dot.com

EL ESTANDARTE DE BEAUMANOIR

LOUISA M. ALCOTT



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com



Las alondras cantaban en el cielo despejado de Dinan; las colinas blanqueaban con una multitud de cerezos en flor y el valle estaba dorado con capullos de sauce. La torre gris de la buena Duquesa Anna se hallaba adornada con guirnaldas de hiedra y ramilletes de fragantes alhelíes. A lo largo del foso, las sombras se espesaban día a día, a medida que crecían más hojas en las ramas que se entrelazaban arriba. Las mujeres cantaban mientras lavaban las ropas junto a la laguna; repiqueteaban de un lado a otro los zuecos de las jóvenes, que traían agua desde la fuente de la Plaza San Luis. Los hombres de cabello largo, chaquetas bordadas y pantalones abolsados, bebían sidra a la puerta de las tabernas, y los grandes caballos bretones sacudían sus altos cuellos hasta hacer sonar las campanillas que serpenteaban entre extensos campos de colza, al forfón y trébol.

En lo alto del castillo, situado cerca de las ruinas de otro más antiguo, ondeaba al viento un gran estandarte, que al desplegarse mostraba el emblema y la divisa de los Beaumanoir : dos manos unidas y la leyenda : "En tout chemin loyaute". En el patio aullaban los sabuesos, pateaban los caballos y los sirvientes corrían en todas direcciones, pues el conde se disponía a salir a cazar el jabalí salvaje. No tardaron en partir todos con alegre música de cuernos, redoblar de cascos y resonar de animadas voces, hasta que el placentero clamor se apagó en el bosque distante, donde creció el muérdago pegado a los altos robles, y se veían dólmenes y menhires, misteriosas reliquias de los druidas.

Desde una ventana del castillo asomaba la cara de un muchacho, que expresaba profundo anhelo, una cara vigorosa y fina, aunque hosca en ese momento, con el entrecejo fruncido, los ojos inquietos y los labios apretados, como si ideas rebeldes agitaran su mente. Así observó cómo desaparecía la alegre cabalgata, hasta que se hizo el silencio, interrumpido solamente por las alondras y la voz de una mujer que cantaba. Al escucharla el ceño del joven se despejó, y sus ojos se iluminaron al

posarse en una joven de vestido azul y sombrero blanco, que tendía telas de lienzo a blanquear en el verde prado lindero al río Rance.

-Si no puedo cazar, iré en busca de Yvonne y me tomaré el día libre... ¡Ella sabe cuentos mejores que los de este libro tan cansador que es el azote de mi vida!

Al decir esto, el muchacho dio un golpe al volumen que reposaba sobre el amplio antepecho de la ventana, y lo hizo con tal energía, que lo envió volando al patio de abajo. Un poco avergonzado y un poco divertido, el joven Gastón se asomó a ver si ese proyectil arrojado al azar había golpeado a alguien. Pero como todo estaba silencioso y desierto, lanzó una carcajada juvenil ante los peligros del descenso, y dijo a las palomas que se arrullaban en el tejado.

-He aquí un pretexto perfecto para la fuga... Si estoy encerrado, ¿cómo podré estudiar mi lección, a menos que vaya en procura del libro? No revelen mis ocios y serán bien alimentadas, mis lindas palomas.

Y, pasando por la ventana como si la proeza no fuera ninguna novedad para él, bajó con audacia por medio de la hiedra que ocultaba a medias las flores y figuras talladas, que proporcionaban una escala para sus ágiles pies.

En cuanto pisó tierra, echó a correr como un galgo en dirección al prado, donde le dio la bienvenida una muchacha sonrosada, de ojos negros, cuyos blancos dientes relucían con su risa al verlo saltar el foso, ocultarse tras el muro y llegar a su lado saltando, con el cabello al viento y la cara llena de satisfacción por aquella escapada.

-Lo de siempre jadeó al echarse en la hierba, arrojando a su lado el libro recobrado-. Este monótono latín me vuelve loco, y no quiero desperdiciar días como el de hoy leyendo estas páginas aburridas, cuando debería estar cazando como un caballero y un gentilhombre.

-Es que deberías hacerlo, mi querido Gastón, pues la obediencia es el primer deber del caballero y el honor del gentilhombre -respondió la muchacha en suave tono de reproche, que pareció influir en el joven como la voz del amo domina a un caballo encabritado.

-Si el padre Nevin hubiera confiado en mi honor, -no habría escapado, pero me encerró como a un monje en una celda, y eso no lo soportaré. Una sola hora, Yvonne ... una horita de libertad ... y después volveré, o de lo contrario mañana no habrá diversión -dijo el mozalbete, mientras arrancaba atolondradamente los azulejos que estrellaban el césped a su alrededor.

-¡Ah!, si me encomendaran tal tarea, aprendería de buena gana, para ser una amiga más adecuada para ti -manifestó la muchacha, volviendo con actitud reverente las hojas del libro que no sabía leer.

-Eso no hace falta ... Me gustas como eres, y por mi fe, dudo de tu disposición, porque la última vez que hice de tutor y te dejé que deletrearas la linda leyenda de San Coventino y su pececito, te hallé profundamente dormida, con el libro santo en el suelo -río Gastón, con gran satisfacción al desquitarse de su consejera.

Ella también río al responder:

-Mi tutor no debería haberme abandonado para ir a jugar con sus perros. Yo soporté mi castigo mejor que tú, sin escapar... Bueno; ahora alegrémonos. ¿Hablarás tú, o cantaré yo, mientras tú descansas tu cabeza acalorada y sueñas con caballos, y sabuesos, y la caza del jabalí salvaje? -agregó Yvonne, al tiempo que alisaba los rizos dispersos sobre el césped, con mano tan suave como si fuera la de una dama, y no la de una campesina, áspera por el duro trabajo.

-Como todavía no puedo hacer el papel de hombre, entretenme como a un niño con los cuentos que solía contar tu padre, mientras en las noches de invierno mirábamos arder las fogatas. Hace mucho que no oigo ninguno, y no me canso jamás de oír

hablar de las hazañas que algún día me propongo igualar o sobrepasar.

-Déjame pensar un poco para recordar tus favoritos, y mientras tanto escucha a las abejas del sauce, que te dan un buen ejemplo, perezoso -sugirió Yvonne, mientras desplegaba un tosco delantal para que él apoyara la cabeza y se revolvía el cerebro en busca de cuentos para entretenerla.

Su padre era el guardabosque del conde, y cuando dieciséis años atrás murió la condesa, dejando a un bebé de un mes, la buena doña Gillián recibió al niño sin madre y lo crió junto con su propia hija, tan leal y cariñosamente, que el conde jamás olvidó tan fiel servicio. Cuando eran bebés, los dos durmieron en una sola cuna; cuando niños, jugaron y disputaron juntos; como adolescentes, se defendieron, consolaron y entretuvieron mutuamente. Pero el tiempo traía consigo cambios inevitables, al punto de que ambos sentían cercana la hora de la separación. En efecto, mientras Yvonne seguía viviendo la vida rústica para la cual había nacido, Gastón recibía ya la educación correspondiente a un joven conde. El capellán le enseñaba a leer y escribir, con lecciones de historia sagrada y un poco de latín; del guardabosque aprendía manualidades, y su padre le enseñaba equitación y el empleo de armas, conocimientos considerados de importancia primordial en aquella época.

A Gastón no le agradaban para nada los libros, salvo aquellos que contenían relatos de caballería. En cambio, le encantaban los deportes atléticos y a los dieciséis años montaba el más fogoso caballo sin caerse nunca; manejaba una espada de manera admirable, podía matar un jabalí del primer disparo, y anhelaba ardientemente la guerra, donde podría probar su hombría. Valiente, orgulloso y generoso, en su corazón guardaba mucha ternura hacia la buena mujer que había sido una madre para él, y hacia su hermanita adoptiva, de quien era el ídolo. Parecía olvidar durante días a esas humildes amigas, mientras se dedicaba a la vida alegre y activa propia de su edad y alcurnia, pero si resultaba herido en la caza, si lo molestaba el capellán, si alguno de sus planes resultaba desbaratado o se veía en desgracia por alguna diablura, buscaba instintivamente a doña Gillián y a Yvonne, seguro de hallar en ellas, ayuda y consuelo para la mente y el cuerpo.

Su amistad había refinado a la muchacha, dándole atisbos de un mundo en el cual jamás entraría, aunque podía seguir con ojos ansiosos y grandes esperanzas las hazañas de su querido Gastón, que era al mismo tiempo su príncipe y su hermano. Tenía sobre él una influencia considerable, pues era de naturaleza serena y paciente, al tiempo que más valerosa y prudente de lo que hacían suponer sus pocos años. La voluntad del joven era ley, y sin embargo, al mismo tiempo que aparentaba obedecer, ella solía guiarlo, y él le agradecía por el coraje con que lo ayudaba a dominar su fogoso carácter y su fuerte voluntad. Ahora, al mirarlo, ella advirtió que ya estaba más tranquilizado, bajo la influencia calmante del río que murmuraba al pasar; la suave luz del sol y una bendita sensación de libertad.

Entonces, mientras daba vueltas a la rueca, ella contó emocionantes historias de guerreros, santos y hadas, a las cuales todos los campesinos bretones honran y temen. Pero la mejor de todas era la historia de un antepasado del propio Gastón, Pean de Beaumanoir, "el héroe de Ploermel donde malherido y sediento, gritó pidiendo agua, y Geoffrey du Bois le respondió como severo guerrero que era : «Beaumanoir, bebe tu sangre y calmarás la sed», y él bebió, y la locura de la batalla hizo presa de él al punto que mató a diez hombres, ganando así el combate pese a la gran desventaja, para su gloria eterna".

-¡Ah, en esos tiempos sí que valía la pena vivir! ¡Si volvieran, yo sería un segundo Joan!

Diciendo así, Gastón se incorporó de un brinco, encendido con el ardor guerrero de

su casta, e Yvonne lo contempló, segura de que demostraría ser un digno descendiente del gran barón y su esposa hija del bravo Du Guesclin.

-Pero no serás muerto a traición corno él. pees yo te salvaré como la campesina salvó al pobre Giles de Bretagne, cuando languidecía de hambre en la torre; o pelearé por ti, tal como Juana de Arco peleó por su señor -respondió Yvonne, dejando su rueca para tenderle la mano, pues ella también estaba de pie.

Gastón se la estrechó y señalando el blanco estandarte que ondeaba sobre las ruinas del viejo castillo, exclamó entusiasta:

-Siempre nos defenderemos mutuamente, y seremos fieles al lema de nuestra casa hasta la muerte.

-¡Sí! -repuso la muchacha. Y, como veremos, ambos mantuvieron fielmente la promesa.

En ese preciso momento, un ruido de cascos sobresaltó a los jóvenes entusiastas, que miraron hacia el camino que serpenteaba por el valle hasta la colina. No vieron más que un anciano montado en una lenta mula, pero la transformación que se obró en los dos fue tan cómica como brusca, pues el valeroso caballero convirtióse en un temeroso escolar turbado al ver a su tutor. Al mismo tiempo la rival de la Doncella de Orleáns palideció de espanto.

-Si me descubre, estoy perdido, pues mi padre juró que no volvería a cazar hasta que cumpliera con mis tareas... Si corro, me verá, y ¿ dónde podré ocultarme hasta que haya pasado? -susurró Gastón, que aunque avergonzado por su pánico, no estaba dispuesto a pagar el castigo por su travesura.

Pero Yvonne, siempre despierta, lo salvó, pues levantando una punta del largo lienzo, descubrió un hueco de donde había sido retirada alguna piedra grande. En aquel verde escondrijo se deslizó Gastón, para ser cubierto en seguida con la tela.

El capellán se aproximó, echando agudas miradas a su alrededor, pues era de carácter austero y suspicaz. Sin embargo, no vio más que a la muchacha campesina, con su pintoresco gorro y sus zuecos de madera, que cantaba para sí apoyada en un árbol, con un jarro de arcilla en la mano. La mula se detuvo a la sombra de las colinas para arrancar un bocado de pasto antes de ascender la cuesta, y el capellán se mostró satisfecho al descansar un momento, pues el día era caluroso y el sendero polvoriento.

-Niña, ven a darme un trago de agua -ordenó, y ella corrió a llenar su recipiente, que le ofreció con una profunda reverencia.

-Gracias, hija mía. Un día excelente para blanquear, pero demasiado caluroso para tanto viaje... Vuelve a tu labor, hija; yo me demoraré un momento a la sombra antes de volver a la dura tarea de avivar la inteligencia adormilada de un mozalbete -dijo el anciano, una vez que bebió. Y con una mirada ceñuda dirigida al cuarto donde

dejara encerrado a su prisionero, sacó del bolsillo un breviario y se puso a leer, mientras la mula ramoneaba junto al camino.

Yvonne se dedicó a regar el lienzo abandonado, preguntándose con ansiedad mezclada de juvenil diversión, cómo lo pasaría Gastón. El sol brillaba con todo su calor sobre la tela seca, y cuando ella se acercó al escondite de su amigo, un movimiento habría traicionado su presencia, de haberlo notado el capellán.

-Riégame pronto, que me sofoco en este agujero -susurró una voz implorante.

-Beumanoir, bebe tu sangre y calmarás la sed -repitió Yvonne, con traviesa satisfacción ante el ignominioso cautiverio del voluntarioso joven.

Este no respondió más que con un prolongado suspiro, y ella, apiadándose de él, hizo un pequeño hueco en la tela donde sabía que descansaba su cabeza y arrojó agua hasta que un sonido sofocado le aseguró que Gastón ya tenía suficiente. El capellán alzó la vista, pero la joven tosió con fuerza al ir a llenar otra vez su jarro, con expre-

sión tan inocente que aquél no sospechó nada, y poco después siguió su camino en busca de su rebelde alumno.

En cuanto desapareció, pareció tener lugar un pequeño terremoto, puesto que el lienzo voló con violencia, y un par de piernas se agitó jubilosamente en el aire al tiempo que Gastón lanzaba una sonora carcajada, pronto repetida por Yvonne. Después, incorporándose, el joven dijo, mientras se alisaba el cabello húmedo y amenazaba con un dedo a su amiga.

-No te atreviste a traicionarme, pero estuviste a punto de ahogarme, muchacha perversa. Ahora no puedo detenerme para tomarme venganza, pero algún día te arrojaré al río y te dejaré salir como puedas.

Y partió con tanta rapidez como viniera, ansioso de llegar a su prisión antes de que el capellán se presentara a escuchar la lección no aprendida. Yvonne lo siguió con la mirada hasta que llegó sano y salvo a la alta ventana y desapareció con un ademánn de despedida; luego ella también volvió a su labor, sin soñar siquiera cuánto valor deberían demostrar los dos en peligros y cautiverios de los cuales aquellas travesuras juveniles no eran más que un presagio.

Dos años más tarde, en marzo de mil setecientos noventa y tres, estalló una insurrección en Vendée, y Gastón vio cumplido su deseo, pues el viejo conde, que había sido oficial del rey, se apresuró a probar su lealtad. El corazón de Yvonne latió lleno de orgullo cuando vio a su hermano adoptivo que se alejaba galopando junto a su padre seguidos ambos por cien vasallos armados, mientras el estandarte blanco ondeaba al viento sobre sus cabezas.

Aunque anhelaba ir con él, su papel consistió en esperar y vigilar, aguardar y rezar, hasta que llegó el momento en que, como muchas otras mujeres de esa época, pudo probar que era tan valerosa como un hombre y arriesgar su vida por los seres amados.

Cuatro meses más tarde llegó la triste noticia de que el viejo conde había sido muerto, y Gastón hecho prisionero. Grandes fueron las lamentaciones entre los ancianos, mujeres y niños que esperaban el regreso de los guerreros, pero poco tiempo tuvieron para apenarse, pues una banda de merodeadores vendeanos incendió el castillo y arrasó la abadía.

-Ahora, madre, debo ir en busca de Gastón y rescatarlo. Lo prometí y si está con vida, lo haré. Déjame ir, pues ahora estás a salvo, y no tendré descanso hasta enterarme de su suerte -dijo Yvonne, una vez pasado el ataque, cuando los aterrados campesinos se aventuraron a volver del bosque lindero, donde se habían ocultado para protegerse.

-Ve, hija mía, y tráeme noticias de nuestro joven señor... Que puedas traerlo de vuelta sano y salvo, para que nos gobierne -fue la respuesta de doña Gillián, siempre devota, pues según las informaciones su marido había muerto junto a su amor, y sin embargo dejó ir a su hija sin un murmullo, considerando que ningún sacrificio sería excesivo.

Y así partió Yvonne, llevándose consigo a la paloma preferida de Gastón y la pequeña suma ahorrada con tanto cuidado para su dote de casamiento. El bonito ser alado asustado al ver destruido su hogar, había acudido a ella en procura de refugio, y ella la protegió en nombre de su amo. Cuando el ave se negó a alejarse de ella, sino que apareció dando vueltas alrededor de su cabeza a una legua de distancia de Dinan, la joven aceptó el buen augurio y la convirtió en compañera de su peligrosa jornada.

No hay espacio para relatar todos los riesgos, desilusiones y fatigas soportadas por ella hasta que encontró a Gastón. El caso es que, después de haber sido despistada más de una vez por falsos rumores, descubrió al fin que estaba prisionero en el Fuerte Penthiévre. Su propio valor temerario lo había llevado allí, puesto que en una de las

muchas escaramuzas en que tomó parte se alejó demasiado de sus hombres y fue capturado después de una lucha desesperada por abrirse paso a mandobles. Ahora, solo en su celda, rabiaba como un águila enjaulada creyendo que no tenía esperanzas de escapar, pues el fuerte se hallaba situado sobre una meseta a la que el mar bañaba por ambos lados. Habiendo oído hablar de la masacre de los inmigrantes realistas que allí llegaban, trató de prepararse para un destino similar, en la esperanza de morir con tanto valor como el joven Sombreuil, que fue fusilado con otros veinte en lo que luego se denominó el "Champ des Martyrs". Sus últimas palabras fueron, cuando el verdugo le ordenó arrodillarse : "Lo haré, pero doblo una rodilla por mi Dios, y la otra por mi rey".

Día tras día Gastón se asomaba a su estrecha ventana, junto a la cual pasaban chillando las gaviotas, y observaba a los pescadores en plena tarea, las mujeres que recogían algas en la costa, y las blancas velas que corrían por la Bahía de Quiberon. Lamentaba amargamente la testarudez que lo había conducido a esa situación, sabedor de que, si hubiera obedecido órdenes, estaría libre para hallar el cadáver de su padre y vengar su muerte.

-¡Oh, si contara con un día de libertad, una esperanza de escapar, un amigo que alegrara esta soledad espantosa! -gritó, cuando pasaron semanas y ya parecía estar olvidado por completo.

Al decir esto, sacudió los gruesos barrotes con gran vigor, y luego inclinó la cabeza como para ocultar, hasta de sí mismo, las ardientes lágrimas arrancadas por su cautiverio y su desesperación.

Así de pie, con los ojos tan velados que no podía ver, sintió que algo le rozaba el cabello, y un ave se posó en el angosto antepecho. Como creyó que se trataba de una gaviota, no le prestó atención, pero un momento más tarde lo sobresaltó un arrullo. Al levantar la vista, vio una paloma que se esforzaba por entrar.

-¡Blanchette! -exclamó, y el bonito animal voló hasta su mano, picoteándole los labios de la manera acariciadora que él tan bien conocía-. ¡Dios te bendiga, mi fiel avecilla!

Y el pobre muchacho apretó la paloma contra su mejilla, para ocultar el temblor de sus labios, tan emocionado estaba por haber hallado en su cautiverio un amigo que lo consolara, aunque fuera mudo.

Pero Blanchette, que tenía un papel que jugar, no tardó en volver volando al antepecho de la ventana, donde se puso a arrullar fuertemente al tiempo que picoteaba algo que tenía bajo el ala.

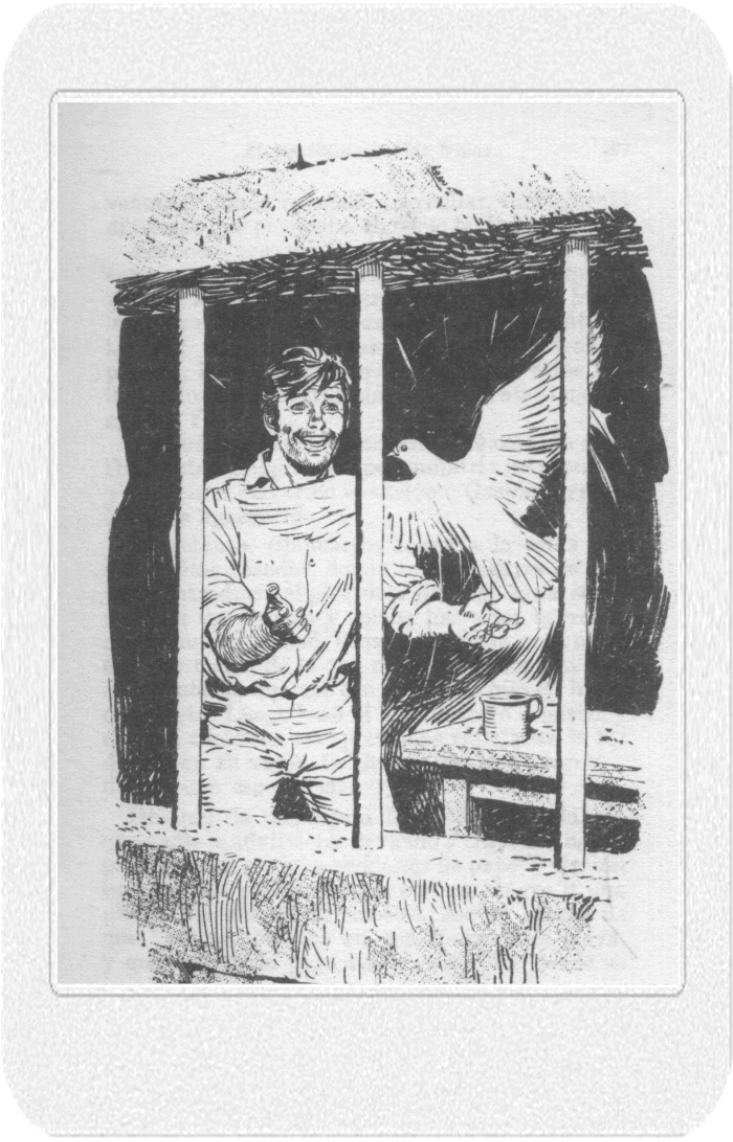
Entonces recordó Gastón de qué manera solía enviar mensajes a Yvonne por medio de aquella paloma mensajera y estremecido de gozo buscó la misiva, sin atreverse casi a esperar encontrar la. ¡Sí! Allí, cuidadosamente sujeto entre las plumas, había un rollito de papel con estas palabras toscamente trazadas. "Prepárate; tendrás ayuda."

-¡Qué muchacha valerosa! ¡Qué corazón fiel! Debí haber imaginado que cumpliría su promesa y vendría a salvarme -exclamó Gastón, arrodillándose agradecido.

Entretanto, Blanchette recorría la celda con sus patitas rosadas, comía unas migajas de pan duro, introducía el pico en el jarro de agua, se esponjaba las plumas y volaba hasta los barrotes, desde donde lo llamó. El no tenía nada para mandar por medio de la fiel mensajera, sino un rizo de su cabello, que ató con el mismo hilo en lugar de la nota. Luego besó al ave, la instó a partir y observó cómo sus alas plateadas reflejaban la luz del sol en su vuelo. Se llevaba consigo alegría y dejaba una esperanza.

Después, la mensajera lo visitó a mendo, sin que nadie lo advirtiera, llevando y trayendo notas, pues Yvonne enviaba pedacitos de papel y Gastón escribía sus contestaciones con su sangre y una pluma del ala de Blanchette. Así se enteró de que

Yvonne habitaba en una choza de la playa, y que trabajaba para rescatarlo hasta donde se atrevía. Todos los días se la veía recoger algas entre las rocas o haciendo girar su rueca a la puerta de la miserable choza, no como mujer joven, sino como anciana, pues tenía la piel teñida, se ponía ropas harapientas y ocultaba su lozano rostro bajo la cofia típica de las mujeres de Quiberon. Sus vecinos, que la creían una pobre mujer a quien la guerra había dejado desolada, la dejaban vivir sin molestarla. Mientras tanto, ella trabajaba en secreto y sin parar, cumpliendo bien su papel y esperando el momento preciso, hasta que la larga soga de cáñamo quedó hecha. una lima afilada obtenida sin. despertar sospechas, y una embarcación lista para recibir a los fugitivos.



Aunque peligrosamente sencillo, su plan era el único posible, pues Gastón estaba bien custodiado y, según las apariencias, de aquella elevada celda no podría escapar ningún prisionero, a menos que tuviera alas. Un ave y una mujer le prestaron esas alas, y su temeraria fuga fue el comentario unánime del fuerte. Solamente un joven habituado a cumplir proezas de agilidad y vigor, pudo haber llevado a cabo, sano y salvo, aquel riesgoso descenso por el acantilado que se elevaba sobre la costa. Pero Gastón estaba bien entrenado, y las travesuras juveniles que antes lo llenaban de ignominia, lo ayudaron entonces a salvar su vida.

Fue así como estuvo listo cuando llegó la orden, escrita por Yvonne con la tosca escritura que él le enseñara tiempo atrás : "Saca el hilo que llevará Blanchette a medianoche. Busca una luz en la bahía. Luego baja, y que San Barbe te proteja". La pequeña lima de resorte de reloj, traída por la paloma, ya había cumplido su obra, de modo que varios barrotes estaban sueltos. Aunque sabía que la tentativa podía costarle la vida, estaba dispuesto a ganarse su libertad aun a ese costo, pues la prisión parecía peor que la muerte para su espíritu impaciente. El carcelero concluyó su última ronda; la gran campana dio la hora fijada, y Gastón se acercaba a la ventana, esforzando los ojos para captar el primer rayo de la luz prometida, cuando un suave batir de alas alegró su corazón y apareció Blanchette, que parecía nerviosa, mojada y fatigada,

puesto que llovía, el viento soplaba con fuerza y la pobre ave no estaba habituada a esa clase de andanzas. Pero, obediente a su adiestramiento, voló en busca de su amo. Y ningún ángel pudo ser mejor recibido que aquel animalito azotado por la tempestad, que se refugió en el pecho del joven mientras éste desenredaba el resistente hilo atado alrededor de una de sus patas.

Gastón, que sabía lo que debía hacer, ató un trozo del barrote roto a una punta, y lo soltó rogando que ninguna ráfaga cruel lo rompiera ni arrebatara. Poco después, un rápido tirón del hilo le indicaba que volviera a tirar de él. Apareció un cordón, y cuando éste estuvo bien sujeto, un segundo tirón fue la señal para el último acarreo, el más importante. Así subió la resistente soga, anudada de tanto en tanto para agregar seguridad. y fuerza a las manos y pies que debían descender por tan frágil escalera, a menos que un cruel destino destrozara al pobre muchacho contra las rocas de allá abajo. Atada la soga a una grapa de metal del interior, Gastón arrancó los barrotes y se arrastró por la estrecha abertura para encaramarse en el reborde exterior, mientras Blanchette bajaba volando para avisar a Yvonne de su llegada.



En cuanto apareció la chispa distante, el joven apretó los dientes, reunió ánimos y dio comienzo al peligroso descenso. La lluvia lo cegaba ; el viento lo azotaba contra la roca, magullándole las manos y las rodillas, y el trayecto le pareció interminable, mientras descendía con lentitud, aferrándose como un hombre a punto de ahogarse y bendiciendo a Yvonne por los nudos que le impedían resbalar cuando las ráfagas lo arrojaban de un lado a otro. Más de una vez se creyó perdido, pero la soga aguantó bien, y su fuerza y valor lo sostenían, de manera que al fin se dejó caer, sin aliento y sangrante, junto a la fiel Yvonne.

No quedaba tiempo para palabras : nada más que un apretón de manos, un suspiro de gratitud, y los dos partieron en busca de la embarcación agitada por las aguas, con un solo remero una capa sobre los hombros de Gastón, le ponía en su sitio.

-Es nuestro Hoel... Lo encontré buscándote. Es firme como el acero... ¡Sube y

parte, o estás perdido ! -susurró Yvonne, mientras echaba en la mano una bolsa, una espada y una botella, y sostenía el bote para que él subiera.

-Pero ¿y tú? -exclamó el joven-. No puedo dejarte en peligro, después de todo lo que te has atrevido a hacer por mí.

-Estoy a salvo, nadie sospecha de mí. .. Ve en busca de mi madre, que te ocultará. Yo te seguiré pronto.

Sin esperar más discusiones, la muchacha empujó el bote y observó cómo se desvanecía en la oscuridad. Después se alejó para agradecer y descansar, luego de tanto trabajo y excitación.

Gastón llegó a casa sin novedad, y doña Gillián lo ocultó en las ruinas de la abadía, hasta que la ansiedad por Yvonne lo impulsó a buscarla para rescatarla a su vez. En efecto, ella no regresó, y poco después un soldado que volvía trajo la noticia de que había sido detenida en su fuga y enviada a Nantes. Gastón no se dio reposo, sino que se disfrazó de campesino y fue en su busca, acompañado por el fiel Hoel, que amaba a Yvonne y habría muerto de buen grado por ella y su joven señor. Los dos quedaron consternados al descubrir que la joven se hallaba en la Boufflay, una antigua fortaleza que antes fuera residencia real, convertida entonces en prisión, colmada de seres desdichados e inocentes, arrestados con los más leves pretextos y guillotinados o ahogados por el infame Carrier. Allí había cientos de hombres y mujeres, que sufrían terriblemente, y entre ellos Yvonne, siempre valerosa, aunque -no tenía esperanzas de escapar, pues pocos eran los que se salvaban, y sólo por algún afortunado accidente. Como una hermana de caridad, andaba Yvonne entre las pobres almas apiñadas en los grandes salones : hambrientos, con frío, enfermos y desesperados, y ellos buscaban su apoyo como si se tratara de alguna santa fuerte y bondadosa, que podía liberarlos o enseñarles a morir.

Al cabo de varias semanas de esta vida terrible, una mañana pronunciaron su nombre al leer la lista para las ejecuciones de ese día, y ella se incorporó para unirse a la lúgubre procesión que salía.

-¿Cómo moriré? -preguntó ella, al pasar junto a uno de sus guardias, un sujeto recio, de cara medio oculta por una barba salvaje.

-Te ahogarán; no tenemos tiempo que perder con mujeres -fue la brutal respuesta, pero apenas fueron pronunciadas esas palabras, cuando Yvonne sintió que le ponían un trozo de papel en la mano, y que una voz familiar susurraba a su oído estas palabras:

-¡Estoy aquí!

Era Gastón, allí, en medio de sus enemigos, empeñado en salvarla a costa de su vida, pues recordaba cuánto le debía y el lema de su raza. La impresión causada por ese descubrimiento estuvo a punto de delatarlos a los dos, y tan pálida se puso la joven, que una mujer que estaba a su lado la sostuvo con un brazo, diciéndole con dulzura

-Valor, hija mía; pronto pasará.

-Ya no temo nada -gritó Yvonne, que fue a ocupar su sitio en la carreta, tan serena y contenta que quienes la rodeaban la consideraron digna del cielo.

No hace falta repetir la espantosa historia de las Noyades; baste con decir que en la confusión del momento, Yvonne halló oportunidad de leer y destruir el papelito cuyo mensaje decía brevemente : "Cuando te arrojen al río, flota y llámame por mi nombre; yo estaré cerca".

Ella comprendió, y al ser instalada con una multitud desdichada en el viejo navío anclado en el río Loire, empleó hasta el último instante en aflojar la soga que ataba sus manos, y en seguir con la mirada al hombre alto y barbudo que andaba por allí, al

parecer cumpliendo con su tarea, mientras su sangre hervía de ira contenida y su corazón sangraba de vana piedad. Llegó el crepúsculo antes de que le tocara el turno a Yvonne, enervada por el horrible espectáculo que se había visto obligada a presenciar, pero cuando unas manos groseras la asieron, se preparó para

la zambullida, segura de que Gastón "estaría cerca". Lo estaba, pues entre la oscuridad y el estrépito, pudo saltar en pos de ella sin ser visto, y mientras la joven flotaba, le cortó las sogas y luego nadó junto con ella hasta que se atrevieron a pisar tierra. Ambos se hallaban casi agotados por la excitación y los esfuerzos de aquella hora reciente, pero Hoel, que los esperaba en la costa, ayudó a Gastón a llevar a la pobre Yvonne hasta una casa desierta, donde le proporcionaron fuego, comida, ropas secas, y la bienvenida más cariñosa que jamás blindó un ser humano a otro.

Como era una robusta campesina, la joven salió sana y salva de esas penurias que habrían causado la muerte o la locura a un ser más débil. Pronto pudo celebrar con sus valientes amigos aquella fuga tan audazmente planeada y llevada a cabo. Como se atrevían a permanecer allí sólo algunas horas, antes de la madrugada cruzaron el estado menos frecuentado del país, donde los fugitivos no eran raros de ver y los refugiados abundaban. Una aventura más, y ésta feliz, completó su júbilo y convirtió la fuga en una marcha triunfal.

Al detenerse a descansar en la espesura del gran bosque de Hunaudaye, los dos jóvenes fueron en busca de alimentos y dejaron a Yvonne pala que cuidara el fuego y se dispusiera a cocinar el venado que esperaban traer. Caía la noche, y aunque esperaban llegar a Dinan al día siguiente, los jóvenes aceptaron detenerse por la muchacha, agotada a causa de la, rápida fuga. Hablaban de sus aventuras, muy animados, cuando Gastón tapó la boca de Hoel con la mano y señaló a una cuesta verde que tenían por delante. Una luna temprana proporcionaba luz suficiente para que vieran una figura que entraba con rapidez en el soto, y algo parecido a las astas de un ciervo asomó por sobre el matorral, antes de desaparecer.

-Da la vuelta y espántalo para este lado. Jamás yerro un tiro, así que esta noche comeremos como leyes -susurró Gastón, satisfecho de poder utilizar las almas de las cuales se habían provisto.

Hoel se alejó con cautela, y poco después, un rumor delató el cauteloso avance del ciervo. Pelo escapó antes de que le fuera lanzado un solo disparo, y los desilusionados cazadores lo siguieron largo rato, resueltos a no volver con las manos vacías. No obstante, se vieron obligados a abandonar, consolados en parte con un conejo, que Hoel se echó al hombro, mientras Gastón, olvidando su cautela, comenzaba a cantar una antigua canción bretona, aprendida de doña Gillián. Pelo no llegó más allá de los dos primeros versos, pues la estrofa fue concluida por una voz seguida de una carcajada y un familiar:

-¡Hola! ¡Hola!

-¡El guardabosque! -gritó Hoel, mientras Gastón se precipitaba de cabeza en el matorral de donde provenía aquel sonido, y donde halló en efecto al jovial guardabosque, que junto a un ciervo recién muerto, los esperaba pala recibirlos con los brazos abiertos.

-Señor, os enseñé a cazar al ciervo y al jabalí, y no a vuestros congéneres. Pero os perdono, pues lo hicisteis muy bien y tuve que correr de filme pala escapar -declaró sin dejar de reír.

-Pelo ¿cómo llegaste aquí? -exclamaron ambos jóvenes, muy excitados, pues se creía muerto a aquel hombre, junto con su anciano señor.

-Es un largo relato, pala el cual tengo una

respuesta breve y feliz... Venid a cenar conmigo, y os mostraré algo que alegrará

vuestros corazones y vuestros ojos -repuso él, echándose al hombro la carga antes de abrir la marcha hacia una ermita abandonada, que ya sirviera de refugio para más de un fugitivo.

Durante el trayecto, Gastón relató su historia, agregando que Yvonne los aguardaba en el bosque.

-¡Valientes jóvenes! Y he aquí vuestra recompensa -anunció el guardabosque, al tiempo que abría la puerta y señalaba a un hombre que, con la cara pálida y la cabeza vendada, dormía tendido junto al fuego.

Era el conde, penosamente herido, pero vivo gracias a su devoto súbdito, que lo salvó una vez concluida la batalla, y que tras largas semanas de escondite, sufrimientos y ansiedades, lo había llevado tan cerca de su hogar.

No es necesario relatar el jubiloso encuentro de aquella noche, ni el regreso triunfal, pues aunque el castillo se hallaba en ruinas y las vidas seguían en peligro, estaban todos juntos, y las penurias sufridas volvían más sinceros y tiernos los lazos del amor y la lealtad entre nobles y humildes. La buena doña Gillián los alojó a todos y cuidó a su señor hasta que recobró la salud. A su debido tiempo, Yvonne y Hoel se casaron, y Gastón volvió a la guerra. Un nuevo castillo se elevó sobre las ruinas del antiguo, y cuando tomó posesión de él, el joven señor reemplazó el estandarte perdido por otro de lino puro, hilado y tejido por las dos mujeres que tan leales habían sido para él y los suyos. Pero agregó una paloma blanca sobre las manos unidas y la leyenda en letras de oro, nunca tan verídica como entonces:

"En tout chemin leyauté".